

EL TIEMPO

El tiempo es el gran matemático que resuelve todos los problemas, el gran curioso que todo lo averigua, el gran hablador que todo lo dice.

El tiempo es el que da á luz los más ocultos secretos, los más profundos misterios.

Semejante al mar, revuelve en sus profundidades cuanto cae bajo su dominio, lo oculta, lo extravía, y al fin lo arroja sobre la playa.

Cuando todos los acontecimientos que hoy dan vueltas á nuestro alrededor, ocultándose á nuestras miradas, sean, por decirlo así, sucesos muertos, el tiempo expondrá á nuestros ojos sus cadáveres desnudos.

Hay un día, más ó menos lejano, que llegará indudablemente, para descubrir todos los secretos que se esconden en las sinuosidades de la luz artificial á cuyos reflejos pasan como sombras los sucesos de hoy.

Preciso es doblar la cabeza y encogerse de hombros ante la incomprensible manera con que están dispuestas algunas cosas.

Pensemos seriamente en este disparate tan profundo y tan verdadero:

Hoy es un día que no podemos ver claro hasta mañana.

Por eso, á la luz que arroja sobre nuestro espíritu los últimos instantes de la existencia, se ven con tanta claridad, con tan cruel exactitud, todas las oscuridades de la vida.

Es decir, que el hombre no ve bien nada de lo que ha hecho durante los años que ha vivido, hasta que la muerte empieza á nublarle los ojos.

Véase cómo vamos adquiriendo poco á poco el conocimiento de nosotros mismos.

Hasta que llega el hombre á los quince años, no sabe que ha sido niño.

Hasta que cumple cuarenta, casi ignora que ha sido joven.

Hasta que el peso de la edad lo en-

corva, como si lo obligara á tener fija la mirada en la sepultura abierta á sus pies para rectarlo, no sabe ya que hace veinte años que es viejo.

El tiempo todo lo descubre.

Ese vago, indiferente á todo, cuya única ocupación es pasar, es el que todo lo sabe.

El tiempo es el que descubre el tejido de las telas más artísticamente trabajadas.

Yo no sé dónde va, que no quiere irse cargado con el peso de ningún secreto.

¡Cuántas historias, ignoradas hoy, sabremos mañana!

Hay en esto un respetable sentimiento de humanidad.

Las disecciones no se hacen más que sobre los cadáveres.

No hay cirujano que se atreva á llevar la punta fría de su escarpelo á las entrañas de un hombre vivo, para ver en ellas la causa de la enfermedad que quiere combatir.

La vida inspira tan profundo respeto, que no se la puede abrir para que nos revele los misterios de la enfermedad.

¿Había de ser el tiempo más cruel que un cirujano?

¿Había de entretenerse en descarnar los sucesos ántes de que fueran cadáveres?

Sería verdaderamente un asesinato.

No tenemos derecho á exigirle que cometa un crimen por satisfacer nuestra curiosidad.

¡Qué bien hechas están todas las cosas para llenar el fin á que se hallan destinadas!

Ved si no cómo se refugian en el recinto inviolable de la vida las más terribles enfermedades.

Ved cómo se apoderan de un hombre, cómo se encierran en sus entrañas, y desde allí, arrogantes por la inviolabilidad del asilo en que se ha refugiado, desafían al médico y se burlan de la medicina.

No hay específico que no llegue á donde ellas están; no hay instrumento que se acerque á herirlas, porque han puesto delante de ellas, como una

muralla, la vida del enfermo.

Así que han devorado las entrañas; así que han chupado toda la sangre y han paralizado los músculos y han helado el corazón, entónces se escapan, llevándose hasta el último suspiro de la víctima, dejando á las averiguaciones de la ciencia el mudo espectáculo de un cadáver.

Aquí entra perfectamente el escalpelo, penetra en los misteriosos lugares por donde ha pasado la muerte, la ciencia toma nota de los estragos que á sus ojos se presentan, y escribe muy satisfecha la historia de la vida.

Pero el muerto no resucita.

Al cadáver se le echa tierra.

Los sucesos vivos no se pueden disecar.

No se puede llegar á sus entrañas.

No es posible abrirlos para que la luz entre á señalarnos las causas que los ponen en agitación y en movimiento.

Mañana, cuando el cadáver de todo hoy pasa esté sobre la pila de las secciones, entonces veremos con perfecta claridad las oscuridades que nos rodean.

Entónces, en las entrañas ya frías del cadáver, encontraremos la explicación clara de este confuso cuadro de síntomas que tenemos hoy delante de los ojos.

Entónces comprenderemos la acción misteriosa y deletérea de los humores que se han infiltrado en la sangre.

Veremos el corazón corrompido, podrida la cabeza, envenenadas las entrañas.

Sólo el tiempo puede hacer este terrible descubrimiento.

El tiempo; esa cosa impalpable, que se nos escapa por todas partes, que es tan alegre en la primavera, tan tempestuoso en el verano, tan triste en el otoño, tan frío en el invierno.

El tiempo, que es á la vez nuestra vida y nuestro castigo, nuestro cómplice y nuestro juez.

El tiempo, que pasa como si tal cosa por la superficie de la tierra, contentando á las semillas que esperan

su voz para romper las ligaduras que las contienen y levantar sobre millares de caprichosos vástagos, nuevas generaciones de flores.

Ese que con sólo pasar, minuto á minuto, cuaja los frutos que se esconden entre las hojas apiñadas de los árboles, como esconde el niño avergonzado la cara fresca y sonrosada en el regazo de su madre.

El tiempo, que una á una deshoja todas las flores, y uno á uno desnuda todos los árboles, que convierte el agua en una piedra, que quebranta las rocas, que destruye los pueblos, que acaba con las generaciones.

Ese que es la desesperación de todas las mujeres que van á cumplir cuarenta años; la esperanza de las que no han llegado á quince; el fastidio de los holgazanes; el verdugo de los que trabajan.

El tiempo, que descubre las canas, que señala el sitio donde han de aparecer las arrugas; ese se encargará mañana de enseñarnos lo que es el día de hoy.

Dejémosle que pase, seguros de que no se llevará ningún secreto.

Este es el tiempo en general; el tiempo presente, en particular, debe ser un tiempo muy estrecho.

Véase ese incesante afán con que las dos terceras partes de la humanidad trabajan para salir del día.

Los que viven con más desahogo es porque han encontrado el secreto de vivir en la inmensidad del tiempo pasado ó en los espacios sin límites del tiempo futuro.

Estos dos secretos tienen sus nombres, que son el crédito y los cosméticos.

El crédito, que es el recurso encontrado para que muchos hombres puedan vivir hoy con la fortuna que podrán tener mañana.

Ese bolsillo imaginario del cual se saca tanto dinero real y efectivo.

Los cosméticos son la media vuelta á la izquierda de esa media vuelta á la derecha.

Es vivir precisamente con la juventud que se ha derrochado.

El hombre busca el dinero en la fortuna que todavía no ha podido conseguir, y la mujer toma su belleza de una juventud que ya ha consumido.

En el momento en que una mujer ha llegado á los treinta años, se detiene como fatigada, reflexiona seriamente, y elige entre los dos términos fatales que se le presentan: ó seguir adelante ó retroceder.

La que no ve en la vejez un remordimiento, y en la juventud que ha consumido un crimen; la que tiene en su corazón y en sus virtudes un recurso permanente para agradar á un mismo tiempo á los niños, á los jóvenes y á los ancianos; la que no encuentra en el espacio de su vida ningún período que merezca suprimirse; la que no hace de sus años faltas que necesite disminuir; en fin, la que no se avergüenza de haber nacido antes que sus hijos, sigue adelante.

Es decir, deja que las primeras canas campeen orgullosas entre sus cabellos negros ó rubios; deja que las primeras arrugas asomen á su frente como señal de pensamientos graves; deja que el respeto se una al cariño y la veneración al afecto.

No le teme á la vejez, porque, como las flores olorosas, conserva después de marchita el perfume de su bondad.

No teme desnudarse de los encantos de su cuerpo, porque tiene para seducir los encantos de su virtud.

La que ha hecho de su hermosura el único refugio de su alma; la que no ejerce más imperio sobre el corazón del hombre que el atractivo pasajero de una tez fresca, de unos labios encarnados, de unas formas correctas; la que á fuerza de oírse llamar hermosa ha creído que no puede dejar de serlo; la que comprende que la primera cana será en ella la señal del primer desprecio, y la vejez una irritación; la que, en fin, todo lo vé al través de la luna de su espejo, esa se planta, como si una semilla cargada pudiera echar raíces.

Se planta, es decir, rasga su partida de bautismo con un padrón de igno-

minia, y, como Dios á las aguas del Océano, se dice á sí misma: "De aquí no pasarás."

El tiempo la empuja; pero ella, asida á los restos de su belleza, como el náufrago á una tabla, lucha sin tregua, flotando sobre los años que caen sobre ella sin conseguir hundirla.

Combate feroz, sólo comparable al que el pobre sostiene con su miseria y el avaro con el dinero de los demás.

Esa mujer recosa, zurce y remienda todos los harapos de su hermosura para encubrir la desnudez de su alma.

Como los criminales, busca la sombra; su pudor se ofendería de esa claridad desvergonzada con que el sol enseña todas las cosas.

No puede sufrir sin conmoverse una mirada persistente, y baja los ojos temerosa de que el cosmético infiel haya descubierto, no los secretos de su corazón, sino los pliegues de su cara.

Esta hermosura resplandeciente, que sin ofender á su padre, ni introducir perturbación ninguna en la familia, puede asegurarse que es hija de un perfumista, de un peluquero y hasta de una doncella, huye honestamente de los hombres que se le acercan demasiado.

Es el movimiento instintivo que nace de la fragilidad de sus encantos.

Esas mujeres, como toda obra de arte, tienen sus admiradores.

Llevan en pos de sí esa corte de necios que se apresuran á recibir su patente de hombres á las puertas del tocador en donde el veneno de los cosméticos rejuvenece por algunos instantes la belleza de la mujer y envejece para siempre el corazón de muchos jóvenes.

Estas mujeres, que parece que alquilan la juventud y que tienen á sueldo á la hermosura, que cada día, ó mejor dicho, cada noche se presentan á nuestros ojos asombrados más jóvenes que el día anterior; estas mujeres que morirían niñas si fuera posible enganar á la muerte, viven en el tiempo pasado.

¿Y quién hay que no consuma una parte del tiempo que está por venir?

¿Quién no disruta de antemano el placer de la dicha que espera?

¿Quién no siente el dolor de la desgracia con que ha de encontrarse mañana?

¿Qué es el tiempo futuro más que un crédito constantemente abierto á nuestras esperanzas, á nuestros temores y á nuestros deseos?

Si se echa bien la cuenta, veremos que apenas hay quien viva en el día en que vive.

Veremos que el tiempo presente es el tiempo en que menos vivimos.

La vida del hombre se divide en dos partes casi iguales.

La primera se compone de esperanzas; la segunda de recuerdos.

Vivimos la primera parte de nuestra vida en el tiempo futuro; la segunda en el tiempo pasado; esto es, al revés de como parece que vivimos: hoy en mañana, mañana en ayer.

La juventud es una cosa que va; la vejez una cosa que viene.

Examínese cada hombre, y verá que se encuentra en una de estas dos situaciones. O todo lo vé en el risueño espejo del tiempo futuro, ó en el triste espejo del tiempo pasado.

Para él, todo va á ser ó todo ha sido ya.

Hoy es siempre una especie de cero interminable colocado entre dos series de guarismos, un paréntesis abierto entre ayer y mañana; el espacio que se deja entre dos renglones para que no se confundan.

Lo presente no será nada hasta que haya pasado; lo futuro será algo mientras no llegue.

El tiempo es el único ser que jamás nos abandona. Nos saca de la cuna, para llevarnos al sepulcro.

El que todo lo tapa es al mismo tiempo el que todo lo descubre.

Efemérides Católicas

LA MATRIZ de CHORRILLOS

27 DE FEBRERO DE 1858

El año de 1881, Chile vencedor del Perú, en la guerra nacional declarada en 1879, con motivo del gran incendio á que entregó al antiguo Chorrillos, con cruel ensañamiento, convirtió, por primera vez, en un montón de escombros, en un campo de desolación y de ruina, á su iglesia matriz, que había cobijado á la sombra de sus benditos muros, desde su erección, á tantas generaciones nuestras.

Veintiocho años han pasado, y cuando á costa de tantos sacrificios, se había alcanzado ya reconstruir, con grandiosidad, el primitivo templo, otro incendio, de los más extraordinarios de que hay noticia en Lima, que se inició de sorpresa en la media noche del jueves 27, que alcanzó desde sus comienzos proporciones gigantescas, que no fue posible, no obstante, esfuerzos mil, dominar [1], arrebatá á la ciudad de Chorrillos, el mejor de sus monumentos, el monumento alzado por la oblación generosa del rico y del pobre, para que Dios tuviera casa, en que ser adorado y servido, y los fieles un lugar sagrado á donde acudir á dar expansión á la piedad de sus corazones.

Cuando al caer de la tarde del miércoles, visitábamos, como de

"El Arca Noé"

Vim. 30 XII. 1904

~ ~ ~